



## IMAGENES DE LA COSTA BLANCA

Era un día frío y húmedo del mes de enero. Entre algunos bancos de bruma el astro rey asomaba débilmente queriendo abrirse paso para imponer su reino. La noche, gélida y lluviosa, había dejado múltiples estampas de nieve por toda la geografía, incluso en lugares insólitos.

El camino por el interior, hacia la Vall d'Albaida iba a resultar pintoresco, lo sabía. Sin embargo, una llamada me alertó del peligro que suponía y del difícil acceso a la zona, por lo que decidimos movernos hacia la costa.

Acababa de amanecer y apenas había tráfico en la carretera. Conforme avanzábamos desde la ciudad hacia el sur veíamos extraordinarios paisajes invernales con la nieve como protagonista: la había en la Serra de Corbera y sobre los montes de Tavernes. Las estribaciones orientales de la Serra de Benicadell, vistas desde Gandia, mostraban un panorama de picos blancos que contrastaban, al girar la vista, con la inmensidad del Mediterráneo, plateado por los rayos del sol, perdiéndose en el horizonte.

Por fin, tras poco más de una hora de viaje, llegamos a nuestro primer destino: Altea. Ninguno de los dos había estado allí y las pretensiones no eran pocas. La ciudad se abría con una calle principal que atravesaba toda la villa. El paseo marítimo, a nuestra izquierda, mostraba una vida poco usual para esta época del año; a la derecha se hallaba el centro de la ciudad. Hizo nuestras delicias el perderse por ese laberinto de callejuelas empedradas y empinadas, con todo el sabor de la época medieval. Las casas blancas de fachadas pulcras multiplicaban la luz del sol mediterráneo, mientras que al otro lado de las rejas de hierro, que durante siglos sirvieron para defender la villa contra los ataques de piratas bereberes, los talleres artesanos, las tiendas y los restaurantes invitaban a buscar el calor, a dejar pasar el tiempo y a degustar los arroces, el pescado o el marisco que los hábiles restauradores alteanos elaboraban pacientemente a partir de los productos que proporcionan el mar y la huerta.

En el centro, la iglesia de la Mare de Déu del Consol, con su esbelta torre y su cúpula

Resplandeciente de características tejas azules, parecía vigilar la plaza, donde encontramos multitud de terrazas que servían cafés exóticos y tisanas sorprendentes.

Desde el mirador que se abría a escasos metros de la plaza contemplamos anonadados cuan bello era el lugar, con la ciudad a nuestros pies y una vista de toda la bahía, desde el Peñón de Ifach hasta la Serra Gelada, y al fondo, Benidorm perdiéndose en sus alturas.

Dejando Altea al sur seguimos nuestro camino hasta Calp, donde la magnificencia del Peñón se hizo presente en nuestros rostros. Esta inmensa roca calcárea de más de 300 metros de altura que había sido habitada antaño en tiempos de piratas y mercaderes, supuso dejarse deslumbrar por la naturaleza al fundir mar y montaña en un abrazo. El gran Peñón de Ifach es hoy parque natural donde gran variedad de especies de aves anidan y conviven con los excursionistas que visitan continuamente el paraje.

Aunque la atracción de caminar por la playa era invencible, no pudimos evitar sumergirnos en las calles de Calp hasta llegar al Raval. La Torre de la Peça, la vieja muralla y la iglesia, gótica con elementos mudéjares, de la Mare de Déu de les Neus, formaban un lugar donde el tiempo parecía haberse detenido para disfrutar de unos momentos de paz y tranquilidad.

Se hacía tarde, el sol avanzaba sin temor hacia el ocaso y el espectáculo estaba servido. La carretera hasta Moraira impactaba por su belleza. Acantilados de roca se batían con pequeñas calas de una arena fina, todo inundado de aguas calmadas y transparentes que dejaban entrever exuberantes praderas sumergidas de posidonia.

Moraira, ciudad pintoresca donde las haya, nos permitió gozar de una suave brisa vespertina mientras paseábamos por sus calles hasta desembocar en el "margenot", antiguo muro de contención que protegía las viviendas de los pescadores los días de mala mar y que dominaba una pequeña playa hoy desaparecida por la construcción del Club Náutico.

El Castillo estaba a escasos metros. Era una



Fortificación de 1742 de curiosa planta, conocida como de “pezuña de buey” debido a su fachada sur semicircular y su fachada norte recta, por donde se accedía al interior del castillo. Desde allí, una cercana puesta de sol se dejaba entrever por detrás del Peñón de Ifach.

Recordé en esos momentos una visita anterior a la ciudad y un baño en una playa un poco más al norte: El Portet. Al acercarse por la carretera se observaba el esplendor del paraje: la Torre del Cap d'Or se levantaba en la parte más alta de este mismo cabo, iluminada por los últimos rayos del atardecer, dominando la cala buscada. Algunas viviendas habían sido construidas cercanas a la costa y parecían colgar sobre el acantilado. Y la playa del Portet, que a esas horas ya no recibía luz directa, presentaba un aspecto sobrio y tranquilo. Apenas cuatro o cinco personas disfrutábamos del espectáculo musical que suponía oír el susurro de las olas acercarse a la orilla mientras esperaban la llegada de la noche.

Unos metros más arriba, hacia el Cap d'Or, la calzada se abría a modo de mirador. Los dos contemplamos el esplendor de la vista: un cálido mar de aguas serenas se veía surcado por algún pequeño velero, mientras bañaba la costa ondulante hasta más allá de Altea. Al norte, la nieve seguía luchando por sobrevivir en las cumbres de Aitana. Y al fondo, hacia el oeste, aquella puesta de sol por detrás del Peñón que nos invadía de placer, y anunciaba el final de nuestra visita.

Heliodoro Ibáñez Bargues

